

CAPÍTULO V

CLIII

— ¿Y ustedes, pobres ancianos, pregunté al ciego y á su hermana, solos y abandonados en esta cabaña, que pensaban entre tanto?

— ¡Ah! señor, me respondió el ciego, en los primeros días todo fué agonías, desolación y lágrimas. Pensábamos en la terrible muerte que aguardaba á Jerónimo; en lo que sucedería á nuestra amada Fior d'Aliza, errante por esos caminos, expuesta á todo si se llegaba á descubrir su disfraz. ¿Cómo podría ella evitar la persecución del jefe de los esbirros? Triste situación la nuestra, sin tener noticias de ellos y sin poder por nosotros mismos adquirirlas, por que esto hubiera descubierto á Fior d'Aliza.

¡Obligados á permanecer en nuestra ignorancia si no nos arrastrábamos hasta Luca, ó á morir en fuerza de nuestras inquietudes si no bajábamos

allí! ¡Ay, señor! no habíamos dormido una hora seguida desde el día de la desgracia; por la noche no se oía otro ruido en la cabaña que el reprimido de nuestros sollozos, mal sofocados en nuestras bocas, y de tiempo en tiempo los gritos de dolor del perrito acostado á los pies de mi cama, cuando su pierna cortada, que no estaba curada aún, le causaba demasiado mal, y el animal me llamaba para moverle en la paja.

No pienso, por más que digan allá arriba en el convento, cuando predicán á los peregrinos sobre las penas del infierno, que éstas pueden ser mayores que eran entonces las nuestras.

En cuanto al alimento, ni siquiera pensábamos en él, á pesar de que no teníamos para mantener nuestros miserables cuerpos y alimentar al perro Zampona, sino algunas cortezas de duro pan que el padre Hilario nos había dejado hasta su regreso.

Esto pasaba en la cabaña, señor; la tristeza y el pesar impedían que sintiésemos la miseria.

CLIV

Al séptimo día, no obstante, tuvimos dos grandes consuelos: que la Providencia no olvida ni aun á aquellos que parecen abandonados de Dios.

Primeramente el perro Zampona se halló enteramente curado de su pata y principió á ladrar con alegría á nuestro alrededor, saltando sobre sus tres patas delante de la puerta como para decirme : « Amo, salgamos y busquemos á los que faltan en casa ; ya te puedo servir y conducir como antes ; deja á mi cuidado elegir las buenas sendas y evitar los malos pasos. » Y se lanzaba por el camino que baja á Luca, como si comprendiese que sus dos amigos estaban allá, y luego volvía para lanzarse de nuevo.

CLV

En segundo lugar, el padre Hilario subió penosamente el sendero que va de Luca al convento, y poniendo sus alforjas bien repletas sobre la mesa de la cabaña :

— Tengan ustedes, nos dijo, la limosna de la semana para el cuerpo ; el padre prior me ha encargado que pida primero para vosotros como los más necesitados ; el convento no carece de nada por el momento, gracias á las peregrinaciones de la Virgen de setiembre que va á llenar los graneros de harina y la bodega de pellejos de vino.

Y ahora, añadió, voy á daros la limosna del alma. Escuchadme con atención.

Refiriéronos entonces que había llamado á todas las puertas de Luca para indagar si se había oído hablar de un homicidio cometido en la montaña en la persona de un cabo de esbirros, y si se sabía algo de la suerte que le esperase al joven montañés ; que le habían contestado que sería juzgado en breve por un consejo de guerra, y que mientras, estaba preso en uno de los calabozos de la cárcel bajo la vigilancia del *bargello*, que era incorruptible, pero muy humano y no agravaría seguramente hasta el patíbulo las penas del pobre criminal. Añadió que después de la sentencia, quedaba todavía el recurso de pedir el indulto al Duque, y que de todos modos el reo tenía aun un plazo de cuatro semanas y cuatro días entre la sentencia suprema y la ejecución ; por último, que durante esas cuatro semanas y cuatro días de plazo, el sentenciado, libre de todas sus cadenas detrás de la reja, no quedaba incomunicado, sino que podía recibir en su calabozo á sus parientes, á los sacerdotes, á los monjes y á todos los presidentes de las cofradías piadosas de la ciudad y de la montaña, tales como los hermanos de la Misericordia, los de la Santa Muerte, los penitentes negros y los penitentes blancos, cuyo insti-

tuto es socorrer á los presos y acompañarlos hasta su suplicio.

Al oír estas palabras caímos mi cuñada y yo de espaldas contra la pared, puestas las manos en los ojos y exclamando: ¡Será posible Dios mío! ¿Serán capaces de ajusticiar á un pobre muchacho inocente, cuyo único crimen ha sido defendernos á nosotros y á su prima?

CLVI

— Tranquilizaos un poco, nos dijo el hermano limosnero, sin que por eso confiéis demasiado en la justicia de los hombres, que no es muchas veces más que injusticia á los ojos de Dios y que sólo tiene por luz la apariencia en vez de la verdad.

— ¿Y mi hija? ¿qué es de mi hija, de mi Fior d'Aliza? exclamaba mi cuñada: ¿Ninguna noticia ha oído usted de ella por los caminos ó por las plazas de Luca?

— Ninguna, respondió el monje; en vano he preguntado con la conveniente discreción, en las puertas de los conventos en donde se distribuye gratuitamente la sopa á los menesterosos, vagabundos y mendigos, si habían visto acercar su

escudilla á un joven y hermoso pifferaro de las montañas; en vano he preguntado á los mercaderes en sus tiendas y á las vendedoras de legumbres en el mercado si habían oído de día ó de noche la cornamusa de un músico ambulante tocando al pie de los nichos de las Madonas ó delante del pórtico de las capillas. Todos y todas me aseguraron que después de la boda de la hija del *bargello* con un rico aldeano de las cercanías, no habían oído ni una sola nota de cornamusa en la ciudad, en atención á que no era la época en que bajaban los músicos de los Abruzzos.

Tales informes me hicieron pensar en un principio que vuestra hija no se había atrevido á entrar en Luca y que acaso andaría errante por las aldeas vecinas como una niña que mira las ventanas de las casas con el deseo de penetrar en ellas, pero sin osar acercarse á las puertas. Luego, reflexionando mejor acerca de cómo había podido la boda de la hija del *bargello* hallar un *pifferaro* para entrar en la ciudad en una estación en que no hay un solo músico ambulante en la llanura de Luca, me pregunté á mi mismo si aquel músico desconocido que fué tocando delante de los recién casados hasta el umbral de la cárcel, lo habría hecho por el instinto de acercarse un día ú otro á la persona que es objeto

de su amor; con esta idea en la mente y sin querer interrogar á nadie de la cárcel por temor de dar á conocer á otros lo que quería saber yo mismo, saludé al paso á la mujer del *bargello* que estaba á la puerta y seguí adelante; pero luego que llegó la noche me coloqué de intento en un sitial de la capilla inmediata y me puse á escuchar con todos mis sentidos si se oía el sonido de una cornamusa en los patios ó en los alrededores de la cárcel.

Pues bien, ustedes me creerán si quieren, añadió, pero antes que las campanas de Luca tocasen al *Ave María*, las armonías de una cornamusa bajaron, como un concierto de ángeles, de un ventanillo enrejado de lo alto de la torre del *bargello*.

Y aun más, reconoció, como reconozco ahora las voces de ustedes, la verdadera manera de tocar de vuestro hijo y de vuestro marido; y más aun, añadió, la tocata que tantas veces he oído en la gruta á vuestros hijos, mientras que subía ó bajaba por la senda. Al pronto me pareció un sueño, pero seguí escuchando largo rato después que las campanas de la ciudad acabaron de tocar al *Ave María*, y la misma tocata continuó dejándose oír como á la sordina, por cima de los techos de la cárcel.

CLVII

— ¡Dios mío! exclamó mi cuñada: ¿acaso han metido en la cárcel á la hermosa inocente? ¡Oh! corro á la ciudad para que me la devuelvan antes de que su alma sea contaminada por el contacto de malhechores y verdugos.

— ¡Deténgase, mujer, espere algunos días, como me detuve yo mismo después de haber oído, por miedo de descubrir prematuramente un misterio que entraña tal vez la salvación de vuestros dos hijos.

CLVIII

— Sí, continuó, yo pensé: no digamos nada; bástenos sospechar que ella está allí; que su primo no estará lejos probablemente; que Dios, al permitir que se acerquen, lleva quizás algún designio de bondad respecto del pobre preso y de vosotros todos, y aguardemos á que el misterio se explique antes de mezclar en él nuestra curiosidad indiscreta y nuestras manos menos hábiles que las del amor inocente.

Porque yo soy viejo, ya ustedes ven : hace mucho tiempo que mi barba ha encanecido ; he visto pasar muchas nubes sobre días hermosos y salir hermosos días de días nublados, y he aprendido que no hay que apresurarse demasiado, ni aun en los buenos designios, por temor de hacerlos abortar por que den su fruto antes de tiempo, porque hay cosas que Dios quiere hacer por sí solo y sin ayuda ; y cuando queremos poner en ellas la mano anticipadamente, nos pega en los dedos, como se hace con los niños que echan á perder lo que trabaja su padre. Así, pues, haced como yo : rezad, creed y tened paciencia.

CLIX

Pero la paciencia, añadió el prudente hermano limosnero, no me ha hecho perder el tiempo en Luca y en los alrededores durante la semana.

Óiganme aún y denme esos pedazos de papel, esas intimaciones y esos autos que Nicolás del Calamayo, el Consejo, el abogado y el alguacil de Luca os han hecho notificar uno tras otro para desposeeros del prado, de la gruta, de los campos, de las moreras, de la vieja viña y del gran

castaño, en nombre de parientes de las aldeas de la llanura del Cerchio, que no conocéis. Acaso era una mala idea la que asaltaba mi espíritu, añadió el hermano ; pero cuando tuve conocimiento de la pasión brutal del jefe de los esbirros hacia vuestra hermosa hija, agreste como una corza de nuestro bosque ; cuando he sabido que un hombre tan rico y poderoso en Luca os había pedido la mano de una muchacha tan pobre, criada en la montaña ; cuando me han dicho que ella había rehusado y á consecuencia de esa negativa obstinada, por amor vuestro y de su primo, se había presentado el agente del esbirro una y otra vez provisto de documentos dormidos hasta entonces, que adjudicaban trozo por trozo vuestro pequeño patrimonio al jefe de los esbirros, cesionario de vuestros pretendidos parientes de allá abajo, no he podido menos de sospechar de todos esos manejos que tenían todas las trazas de haber sido fraguados por algún perverso curial, como hay tantos entre esa gente de ropa negra que roen los viejos pergaminos lo mismo que los ratones de las iglesias roen la cera del altar.

Pensando en esto, fui á ver á mi antiguo amigo de Luca, el famoso doctor Bernabo, que aunque retirado de su empleo de abogado del Duque, da todavía consultas gratuitas á los pobres. Me

conoce hace cuarenta años por haber ido á pedir todas las semanas á su puerta y por haberle debido siempre tantas bondades como botellas de vino d' *Aleatico* daba para el monasterio.

Pedile el favor de que me concediera hablarle en particular después que acabase su audiencia. Así que le dejaron solo en su despacho, le pregunté en voz baja si podía darme informes tan secretos como si fuera en confesión, de cierto escribano de Luca, llamado Nicolás del Calamayo.

— ¡Cómo! hermano Hilario, me dijo riendo y mirándome desde la capucha á las sandalias, ¿ha aguardado usted á sus ochenta años para abandonar la piedad y el honor y necesitar acaso en algún mal negocio, de un mal consejo ó de un hábil cómplice?

— ¿Por qué me dice usted eso? le repliqué al doctor Bernabo, que no suele hablar en broma con frecuencia.

— Mi buen hermano Hilario, me dijo entonces con mucha formalidad, es que sólo se acude á ese tunante de Nicolás del Calamayo cuando hay que dar algún mal golpe judicial ó que justificar por malos medios alguna mala causa.

— ¿Y el amigo de él, jefe de los esbirros de Luca? continué procurando siempre sondear la conciencia del doctor Bernabo.

— El jefe de los esbirros, me contestó, no es un tunante tan consumado como su amigo Nicolás del Calamayo: uno es la serpiente y otro el pájaro que la serpiente fascina y atrae á la boca del vicio. El jefe de los esbirros es un hombre ligero, disipador y corrompido que nada rehusa a sus pasiones cuando se le ofrecen los medios de satisfacerlas, pero que no haría daño á sangre fría si no se le presentara ya hecho. Ya sabe usted que ese carácter es el más común en los hombres ligeros: su conciencia no les pesa más que su cerebro y lo que les causa placer nunca lo encuentran muy criminal. Tal es en realidad el jefe de los esbirros: su mayor vicio es su amistad con Nicolás del Calamayo.

— Pues bien, señor Doctor, dije entonces á Bernabo, voy á consultar con usted un asunto grave y complicado, en el que el jefe de los esbirros está interesado y Nicolás del Calamayo tiene metidos los brazos hasta los codos.

— Hable usted, dijo Bernabo.

Le referí entonces la casualidad que hizo que el esbirro, en compañía de Nicolás del Calamayo y de otros amigos, encontrase á la hermosa Fior d'Aliza, su proposición, la negativa, la tenacidad del esbirro, la obstinación de la joven; luego el desposeimiento pedazo á pedazo dirigido por el

procurador Nicolás del Calamayo, por medio de escrituras que él mismo presentó á la justicia, escrituras que reivindicaban á favor de parientes desconocidos cuyos títulos había comprado el esbirro, todo el pequeño patrimonio de vuestros padres y de vuestros hijos.

El práctico doctor en jurisprudencia, frunció el entrecejo al oírme y se mordía los labios con una sonrisa de incredulidad y de desprecio que revelaba muy bien lo que pasaba en su alma.

— ¿Tiene usted ahí esos documentos? me dijo Bernabo.

— No, le respondi.

— Pues es preciso que me los traiga usted la primera vez que baje del monasterio á la ciudad y le daré á usted mi opinión luego que los haya examinado; si los encuentro sospechosos en su texto, como lo son ya á mis ojos en sus circunstancias, haremos una información secreta y gratuita respecto á los supuestos parientes ó causa habientes de ese pobre ciego. La mejor caridad que puede hacerse es desenmascarar á un bribón como Nicolás del Calamayo y arrancar de sus uñas á sus víctimas.

Vaya usted con Dios, hermano Hilario, y cuide únicamente de no decir palabra de lo que hemos hablado. ¿Quién sabe si al mismo tiempo

que salvemos el patrimonio de esas pobres gentes, no llegaremos á descubrir también alguna asechanza fraguada contra la vida del reo, quizás inocente, que va á ser juzgado bajo tan desfavorables apariencias!

CLX

El monje terminó su narración sacando los documentos del armario.

— ¡Ay! ¿qué nos importan los bienes, la viña, el prado, el castaño, la casa misma? exclamamos mi cuñada y yo. ¡Que lo tomen todo, que nos dejen en la calle, pero que nos devuelvan á nuestros dos pobres inocentes!

— Resignaos con la voluntad de Dios, cualquiera que sea la suerte de Jerónimo, nos dijo al marcharse; yo subo al monasterio para informar al Prior de vuestra angustia y del motivo de mis ausencias. Le pediré que me permita permanecer en la ciudad en tanto que mi presencia pueda ser útil al preso para este mundo ó para el otro, y volveré aquí así que tenga alguna noticia buena ó mala que comunicaros; no dejéis de rezar.

— ¡Ah! respondimos anegados en lágrimas,

si dejásemos de rogar á Dios habríamos acabado de temer por la vida de nuestros hijos.

CLXI

En la noche siguiente oímos el paso lento y pausado del excelente padre Hilario, que hacía rodar los guijarros por la senda al bajar del monasterio hacia la ciudad.

Doce largos días estuvimos sin verle y sin saber nada de lo que pasaba en la ciudad. ¡Ay! sin duda temía informarnos demasiado pronto de la condena irremediable de Jerónimo, pero cada hora de silencio era para nosotros un siglo de angustias

CAPITULO VI

CLXII

— Ahora te toca á ti, dijo el ciego á Fior d'Aliza : cuenta á este caballero lo que había pasado en la cárcel, durante aquella angustia nuestra en la cabaña.

— Diré á usted, señor, repuso sencillamente la bella *sposa* después de haber retirado el pecho á su hijo que se había dormido en su regazo.

Al día siguiente de la sentencia, vino el verdugo con gente de la curia al calabozo. Traían herramientas y carbones encendidos, como si hubiesen querido martirizar á un San Sebastián : el verdugo cortó la anilla de hierro que había remachado en los primeros días á la cadena sujeta á la pared ; hizo fundir el plomo que remachaba el clavo de las esposas de las muñecas y los grillos de los pies ; dejó al preso libres todos sus miembros ; abrió la segunda reja de hierro, que redu-